



*1er certamen literario  
de relatos breves convocado por  
la Fundación Kristina de Noruega*



*Relatos ganadores:*

*Farvel, Kristina*

*de Marta Finazzi Martínez*

*(ganadora de mejor relato en castellano)*



*Kristina*

*de Kristina Heyerdahl Elfvig*

*(ganadora de mejor relato en noruego)*



Fundación  
Princesa Kristina  
de Noruega

Entidad reconocida por la  
Real Embajada de Noruega en España





## ***Farvel, Kristina***

**De Marta Finazzi Martínez**

En un país blanco había una niña. Se llamaba Kristina y sería princesa de una tierra rodeada por las nieblas de los mitos. Nació entre fiordos y tenía nombre de fe. Le gustaban las margaritas porque le recordaban a su madre y ocultó un puñado entre su equipaje para que le diese suerte para el viaje. Sabía que partía para no volver. La princesa vikinga, la infanta del norte, se embarcaba rumbo al exilio porque la diplomacia de su país le había sellado un trato comercial. Ella era la moneda de cambio de una alianza que venía en forma de corazón y Kristina se hizo a la mar porque el amor la llamaba como un canto de sirena que se alzaba a través de las olas. La princesa soñadora hubiese querido viajar en un *drakkar* y llegar a su destino a bordo de su barquito vikingo. A salvo de los piratas y de todos los peligros gracias al dragón que presidía impertérrito el mascarón de proa. Sin embargo, los sueños de la princesa eran burbujas que estallaban con la gravedad. Su viaje sería largo y difícil, y no siempre por mar. No era la fantasía que había dibujado en su cabeza porque en el viaje despertó de golpe a la realidad, como si las campanas de la catedral de San Olaf de Bergen retumbasen en su cabeza sin parar. Se había hecho mayor porque aquella travesía no era ninguna aventura. Era la odisea del adiós de una niña que se iba para siempre para cumplir una promesa. Su madre no derramó ni una lágrima porque las reinas no lloran y Kristina subió a la embarcación que la llevaría a Castilla sin mirar atrás. Cada noche soñaba cómo sería su nuevo hogar, si allí también nevaba, si habría margaritas en el jardín. Contaba los días que llevaba de viaje como un lastre porque tenía la impresión de vivir en una especie de limbo, en la antesala del tiempo, encerrada en la habitación perpetua del verbo *esperar*. Pero

las princesas siempre tienen un príncipe y ella también. El infante Felipe de Castilla era una mancha sin rostro, un nombre sin dueño, un latido incesante en el corazón de una novia que iba a casarse. Llevaba la ilusión y el miedo pegados a la piel como una película de sal y de hielo de su país natal. Era lo único de valor que se llevaba. El resto, tan solo eran baúles llenos de objetos que podían perderse durante la travesía. En aquel momento, la princesa Kristina solo sentía vértigo de vivir y, sin embargo, inexplicablemente, aquella incertidumbre le hacía sentir más poderosa que nunca. Y pasaron los días y las olas y las mareas hasta que la princesa del norte pisó la tierra prometida. El viaje había llegado a su fin porque estaba en su nueva patria, el país que ahora la abrazaba como una hija. Sabía que desde aquel momento empezaría a vivir otra vez, como si todo lo que hubiese aprendido a palacio no sirviera de mucho o quizás de nada porque necesitaría nuevas letras y palabras con las que construir un vocabulario para comprender el mundo que le rodeaba. Castilla era tierra de campos y castillos y allí la gramática era muy distinta. Kristina de Noruega pensaba deprisa porque sabía que tenía poco tiempo antes de llegar al destino que le habían encomendado. Sin embargo, dicen que el presente siempre es del color de los árboles, y ella solo tuvo que mirar a su alrededor. No estaba sola. Había pinos, encinas, sabinas, hayas, chopos y acebos. Con el tiempo aprendió todos los nombres porque eran el marco de su futuro, donde plantaría sus sueños como si de un jardín secreto se tratase.

Aún en el camino, la expedición hizo parada en el monasterio de las Huelgas, en Burgos. Fue una experiencia casi mística porque la vida monacal sucede despacio, al son de la oración y la calma. Y mecida por el oleaje de su religión, la princesa

vikinga se abandonó a ese ritmo metódico que le recordaba el baile marítimo que la acunaba durante el trayecto. Parecía una estampa de irrealidad, como si aquel trocito de mundo no figurara en los mapas. Quizás, dentro de aquel edificio las monjas no existían, y sumidas en aquel olvido ficticio eran felices porque estaban a salvo de todo. Aisladas del vacío del mundo de fuera que les esperaba sacando las garras, el convento era fortaleza y santuario, y para Kristina también fue como una manta de paz para que no se le resfriase el alma. Quizás fue la única vez en su vida que se sintió tan cerca de Dios, allí donde Kristina, la princesa cristiana, se casó de verdad con Castilla. En secreto, sin testigos ni ceremonias. Los árboles la habían abrazado al llegar y ahora ya se sentía parte de una tierra que olía a camino y a polvo. No estaba sola porque tenía los árboles y sabía que llevaba la patria consigo, en un bolsillo de la memoria cosido con las letras de su lengua del norte. Y aunque cada día se apretaba el pecho para contener los latidos de su corazón, no podía dejar de pensar en todo lo que había quedado borrado de su vida pasada. Aún no se había casado y ya estaba triste porque no sabía si sería capaz de ser feliz. La melancolía floreció en ella como las flores de aquella primavera de 1258. Quizás por eso dedicó sus horas muertas a cazar margaritas, como buscando consuelo en una simple flor. Ella también lo era. Frágil y asustada en un pueblo extranjero y con un marido desconocido al que aún no había visto ni aprendido a amar. Sin embargo, la seguridad del convento le regaló un momento de luz. Fue como una tregua para su destino escrito en letras nórdicas. Y fue allí donde su vida cambió para siempre.

La Nochebuena que pasó con las monjas tuvo un sueño que le desveló de madrugada. Estaba agitada porque había visto a sus padres y la hierba olía a lluvia y a cambio de estación. Sin

embargo, todo parecía borroso, velado, como si una neblina recubriese todas las imágenes de su vida. Era la condena del exilio, que difuminaba el pasado en una gran mancha de olvido. Pero Kristina no quería llorar porque las princesas no lloran. Estaba triste porque sentía que era un *drakkar* a la deriva, sin remeros que guiasen a la niña de Bergen por las tierras de Castilla. Allí no había mar, solo el que había en sus ojos cuando la melancolía le estremecía el cuerpo. Entonces comprendió que el viaje era una especie de peregrinaje, la odisea de un adiós anunciado. Y su destino, el silencio. El de aquella noche en el convento podía tocarse con las manos. Era un silencio que se hacía casi corpóreo, espectral, porque las paredes y el suelo rugían como fieras enjauladas. Las piedras también hablan en sueños, cuando cae la noche, y la princesa Kristina lo supo cuando despertó y vio que las velas de la mesita al lado de su cama seguían encendidas. Sus fieles compañeras de insomnio quemarían toda la noche. No se atrevió a levantarse porque la oscuridad le daba miedo y más aún en aquel lugar tan inhóspito, envuelto con la palabra de Dios a cada paso que daba. Optó por quedarse en la cama y fue entonces cuando vio el manuscrito. Estaba al lado de las velas, como si estuviera esperando aquel momento a oscuras del mundo para ser descubierto. Tenía las tapas de piel de oveja y olía a papel y a tinta. Lo abrió por curiosidad y ya no pudo despegarse de él a pesar de que estaba escrito en una lengua que no conocía. No había ninguna explicación posible, pero en la noche más oscura nada parece tener mucho sentido. Ni siquiera los ruidos espectrales que rechinaban como caballos enloquecidos. Y así empezó a leer una historia que solo podían ver los ojos para quien estaba escrita. A pesar de no entender ni una letra, la princesa Kristina devoraba cada palabra con tenacidad vikinga. Línea a línea, dando saltos por la ortografía, aquella noche fue capaz de leer un libro en

una lengua extranjera. Lo terminó cuando ya asomaban los primeros rayos de sol y se quedó maravillada por lo que no podía ser más que un milagro. Estuvo todo el día ensimismada con el manuscrito. Lo había dejado en la mesita al lado de la cama, donde lo encontró, pero lo echaba en falta a cada rato. Era su pequeño milagro nocturno, el faro que iluminaba el rumbo de su *drakkar*, y estaba bañado por la fe que emanaba de aquel convento de Burgos. En sus páginas había leído su vida. Hablaba de su hogar del norte, de sus padres, de la princesa vikinga que cruzó los mares hasta pisar las tierras de Castilla. Era el itinerario de su pasado, la carta de navegación de su futuro. Era el símbolo que Dios puso en su mesita de noche como un regalo en forma de coraje. Los vikingos también están tristes, y la princesa no sabía cómo escalar aquella montaña que se había alzado en su camino. Aquella noche lo vio claro. Solo podía luchar con las manos y los verbos, con toda la gramática de su ser. La libertad es el único obstáculo para la felicidad y Kristina de Noruega ya no pertenecía a ningún sitio. Aún así, aquel manuscrito le había dado esperanza. Había podido tocar su vida en las palabras de tinta y en cada letra había un atisbo de victoria. Sin embargo, era un libro sin final. Las últimas páginas estaban en blanco, sin respuesta, en espera. Y cuando volvió a la celda para recuperar el manuscrito, ya no estaba allí. En su lugar, no había nada. Solo las velas, lo único que ha habido siempre, le dijeron las monjas. Increíble, la princesa Kristina ocultó su historia en un escondite secreto, bajo la llave de la memoria. Se resistía a creer que se trataba de un sueño, de una patraña de la noche para confundirla aún más. Era imposible porque no solo se había encontrado con su pasado, también con el futuro. Había asistido a su boda en la Colegiata de Santa María de Valladolid y había vivido en Sevilla. A solas con su esposo, sin el regalo de la maternidad corriendo por sus

brazos... hasta que el relato se había truncado. Aquella historia la había guiado por los meandros de su destino. Ahora, solo le tocaba seguirlos diciendo adiós al pasado en su lengua materna para liberar del exilio el águila de cola blanca que le había seguido como el fiel guardián de aquel viaje migratorio. Avanzando a ciegas pero con la mirada limpia porque las princesas no lloran. *Farvel*<sup>1</sup>, Kristina.



### ***Farvel, Kristina***

#### **Av Marta Finazzi Martínez**

(oversettelse til norsk av den spanske originalen)

Det var en gang en pike i et hvitt land. Hun het Kristina og skulle bli prinsesse på en jord omkranset av tåke full av myter. Hun ble født blant fjorder og hadde kristent navn. Hun likte margeritter fordi de minnet henne om moren, og hun gjemte en håndfull av dem i bagasjen for at de skulle bringe henne lykke på turen. Hun visste hun reiste for aldri å komme tilbake. Vikingprinsessen, kongsdatteren fra nord, gikk ombord i en båt for å leve i eksil fordi diplomatene i landet hennes hadde inngått en handelsavtale med henne som byttmiddel. En allianse som skulle være hjerteformet, og Kristina reiste fordi kjærligheten kalte på henne som en sirenesang gjennom bølgene. Den følsomme prinsessen ville helst reise på et vikingskip for å nå sitt mål. Godt beskyttet mot sjørøvere og alle andre farer, takket være dragen som tronet som gallionsfigur i baugen. Men prinsessens drømmer

---

<sup>1</sup> Farvel es una palabra noruega que significa «adios».



var bobler som brast. Reisen skulle bli lang og vanskelig, og ikke bare skje til havs. Den ble ikke det hun hadde fantasert om, for underveis våknet hun plutselig til virkeligheten, som om klokken i Sankt Olavs kirke i Bergen kimet uten stans i hodet hennes. Hun var blitt voksen fordi turen viste seg å være langt fra noe eventyr. Det var en ung pikes farvel, en pike som dro for alltid for å oppfylle et løfte. Moren felte ikke en eneste tåre, for dronninger gråter ikke, og uten å se seg tilbake gikk Kristina ombord i skipet som skulle føre henne til Castilla. Hver natt drømte hun om hvordan det nye hjemstedet ville være, om det snødde der også, om det var margeritter i hagen. Hun telte dagene hun hadde vært på reise, som om det dreide seg om en tung last, for hun hadde følelse av å leve i et slags limbus, i et tidens venteværelse, innestengt i verbet å vente. Men prinsesser får alltid en prins, og slik var det med henne også. Prins Felipe av Castilla var en plett uten ansikt, et navn uten eier, en stadig hjertebank for en ung kvinne som skulle gifte seg. Håpet og redselen lå over huden hennes som en tynn hinne av salt og is fra hjemlandet. Det var det eneste hun hadde med seg av verdi. Resten var bare kister fulle av ting som kunne forsvinne under overfarten. På det tidspunktet kjente Kristina ikke annet enn svimmelhet over å leve, og likevel, på uforklarlig vis fikk denne usikkerheten henne til å føle seg sterkere enn noensinne. Dagene gikk, gjennom bølger og flo og fjære, helt til prinsessen fra nord satte sin fot i det lovede land. Reisen var avsluttet, for hun hadde nådd sitt nye fedreland, som nå skulle favne henne som en datter. Hun visste at fra det øyeblikket begynte hun å leve et nytt liv, som om alt hun hadde lært hjemme på slottet ikke lenger ville være til mye nytte, for nå trengte hun nye bokstaver og ord til å lage seg et språk hun kunne gjøre seg forstått med overfor omverden. Castilla var et land med åkre og slott, og grammatikken der

var svært forskjellig. Kristina av Norge tenkte fort, for hun visste hun hadde liten tid før hun var fremme ved det bestemmelsesstedet som var arrangert for henne. Men, det sies at øyeblikket alltid har trærnes farge, og det var nok for henne å se seg rundt. Hun var ikke alene. Der var furu, eik, einer, bøk, popler og kristtorn. Hun lærte seg etter hvert alle navnene fordi de dannet rammen om hennes fremtid, der hun skulle plante drømmene sine som om det dreide seg om en hemmelig hage.

Underveis tok ekspedisjonen en pause ved Huelgas-klosteret i Burgos. Det ble for henne en nesten mystisk opplevelse, for klosterlivet går så langsomt, til lyden av bønnene og stillheten. Og vugget av bølgene i sin religion ga vikingprinsessen seg over til den metodiske rymen som minnet henne om denne havdansen som hadde fulgt henne under reisen. Det var som et uvirkelig bilde, som om denne lille biten av verden ikke eksisterte på kartene. Kan hende var det slik at nonnene ikke egentlig var der, og at de nedsunket i denne oppdiktede glemselen var lykkelige fordi de var beskyttet mot alt. Isolert fra tomheten i verden som ventet dem utenfor med klørne fremme, var klosteret en festning og et tempel, og for Kristina ble det også som et fredens teppe for at hennes sjel ikke skulle fryse. Kan hende var det den eneste gangen i livet hun følte seg nær Gud, der hvor Kristina, den kristne prinsessen, virkelig giftet seg med Castilla. I hemmelighet, uten vitner eller seremonier. Trærne hadde omfavnet henne ved ankomsten, og nå kjente hun seg som del av en jord som luktet av veier og stöv. Hun var ikke alene, for hun hadde trærne og hun visste at hun bar fedrelandet med seg i en lomme sydd av hukommelsen med bokstaver fra hennes nordiske språk. Og selv om hun tok seg til brystet hver eneste dag for å stagge sitt bankende hjerte, kunne hun ikke la være

å tenke på alt det som var blitt slettet fra hennes tidligere liv. Hun hadde ennå ikke giftet seg og det bekymret henne at hun ikke visste om hun ville være i stand til å bli lykkelig. Melankolien blomstret i henne som blomstene den våren 1258. Kan hende brukte hun derfor de stille timene til å lete etter margeritter, som om hun søkte trøst i en ganske alminnelig blomst. Hun var også en blomst. Skjør og skremt på fremmed jord og med en ukjent ektemann som hun ennå ikke hadde møtt eller lært å elske. Men tryggheten i klosteret skjenket henne et øyeblikks lys. Det var som å få et pusterom før hennes skjebne ble skrevet med nordiske bokstaver. Og det var der livet hennes ble endret for bestandig.

Den julaften hun feiret med nonnene hadde hun en drøm som vekket henne ved daggry. Hun var rastløs, for hun hadde sett sine foreldre, og gresset luktet regn og årtidsskifte. Men alt var uklart, tilslørt, som om samtlige bilder fra livet hennes var innhyllet i tåke. Det var eksilets forbannelse som forvandlet fortiden til en stor flekk av glemsel. Men Kristina ville ikke gråte, for prinsesser gråter ikke. Hun var trist, for hun følte seg som et skip som drev på havet, uten roere til å lede den unge piken fra Bergen rundt i Castilla. Der var det ikke noe hav, bare det man kunne se i øynene hennes når melankolien rystet henne. Da forsto hun at reisen var en slags pilgrimsferd, odysseen et varslet farvel. Og hennes skjebne var stillheten, som den natten i klosteret kunne føles med hendene. Det var en stillhet som nesten ble legemlig, spøkelsesaktig, for veggene og gulvet brølte som villdyr i bur. Også stener snakker i drømmene når natten faller på, og prinsesse Kristina visste det da hun våknet og så at stearinlysene på nattbordet fortsatt brente. Hennes trofaste venner i søvnløsheten kom til å brenne hele natten. Hun våget ikke stå opp for hun var redd for mørket, i sær på dette

ugjestmilde stedet, innhyllet i Guds ord for hvert skritt hun tok. Hun valgte å bli i sengen og det var da hun så manuskriptet. Det lå ved siden av lysene, som om det ventet på å bli oppdaget, i dette mørke øyeblikket skjult for verden. Det var innbundet i saueskinn og luktet papir og blekk. Hun åpnet det av nysgjerrighet og klarte ikke å legge det fra seg igjen selv om det var skrevet på et språk hun ikke kunne. Det fantes ingen mulig forklaring, men i en slik mørk natt er det ingenting som synes å ha noen mening. Ikke engang den spøkelsesaktige støyen som fra gale, vrinskende hester. Slik begynte hun å lese en historie som bare øynene den var skrevet for kunne se. På tross av at hun ikke forsto ett eneste ord, slukte prinsesse Kristina dem alle med en vikings utholdenhet. Linje etter linje, mens hun hoppet over ortografien, var hun den natten i stand til å lese en bok på et fremmed språk. Hun var ferdig da de første solstrålene kom inn i rommet, overveldet av noe som bare kunne være et mirakel. Hele dagen satt hun hensunken i manuskriptet. Hun hadde lagt det på nattbordet ved siden av sengen der hun fant det, men hun savnet det hvert øyeblikk hun ikke så det. Det var hennes lille nattlige mirakel, lykten som lyste opp veien for skipet hennes, badet i den troen klosteret i Burgos utstrålte. På disse sidene hadde hun lest livet sitt. De berettet om hennes hjem i nord, om hennes foreldre, om vikingprinsessen som krysset havet til hun satte sin fot på Castillas jord. Det var reiseruten for hennes fortid, navigasjonskartet for hennes fremtiden. Det var symbolet Gud plasserte på hennes nattbord for å skjenke henne mot. Vikingene er også triste, og prinsessen visste ikke hvordan hun skulle bestige dette fjellet som hadde reist seg på veien hennes. Den natten så hun det klart. Hun kunne bare kjempe med hendene, og med verbene, med hele sitt vesens grammatikk. Friheten er det eneste hinder for lykke og

Kristina av Norge hørte ikke lenger hjemme noe sted. Men manuskriptet hadde likevel gitt henne håp. Det hadde maktet å berøre livet hennes med ord av blekk, og i hvert eneste av dem fantes det et glimt av seier. Men det var en bok uten slutt. De siste sidene var blanke, uten noe svar, på vent Og da hun gikk tilbake til klostercellen for å hente manuskriptet, var det der ikke lenger. Der det hadde ligget, var det nå ingenting. Bare stearinlysene, det eneste som alltid har vært her, sa nonnene. Uten å tro sine egne øyne skjulte Kristina sin historie på et hemmelig sted, med hukommelsens nøkkel. Hun var uvillig til å tro at det hele hadde vært en drøm, en historie diktet opp i nattens mulm og mørke for å gjøre henne enda mer forvirret. Det var umulig, for ikke bare hadde hun møtt sin fortid, men også fremtiden. Hun hadde vært til stede ved bryllupet sitt i Stiftskirken Santa María i Valladolid og hun hadde levd i Sevilla. Alene med sin ektemann, uten den gaven å få et eget barn i favnen ... helt til historien var gått i stå. Den hadde ledet henne langs skjebnens elveløp. Nå sto det bare igjen å følge dem og ta avskjed med fortiden på morsmålet for å frigjøre ørnen med den hvite stjerten fra sitt eksil, den hadde fulgt henne og vokter henne trofast under den lange reisen fra hjemlandet. Hun vandret fremover i blinde, men med rent blikk, for prinsesser gråter ikke. Farvel, Kristina.



***Kristina***

**Av Kristina Heyerdahl Elfving**

Prinsessen med det lange, blonde håret så på ham. Ansiktet hennes var lyst, fregnede av sol, hun hadde store, blå øyne. Hun luktet sommer, blomster og grønt gress. Kjolen hennes var gyllen, med blonder og slep, var det en brudekjole? Hun hadde reist langt for å treffe ham. Hesten hennes stod lydig bak henne, den var hvit og staselig skodd. Han kunne ikke se resten av følget hennes, de hvilte kanskje etter reisen. Men burde de ikke vært sammen med henne nå og hjulpet henne å ta denne avgjørelsen? Hun smilte til ham, men så snudde hun seg til en av de eldre brødrene ved siden av ham, han kunne ikke se hvem av dem det var. Hun sa at det var ham hun valgte. Skuffelsen skylte gjennom ham. Han rettet seg opp, prøvde å puste rolig, men han merket at han ble klam i hendene og svett i pannen. Han måtte prøve å skjule det, holde blikket rett fram, ansiktet nøytralt, ta deg sammen, Felipe! Hørte han en av brødrene le?

Han våknet brått. Det var mørkt ute. Drømmen stod fortsatt klart for ham, han var tydeligvis mer påvirket av dette enn han hadde trodd. Han ristet følelsen av seg. Det var enda tidlig, skulle han bli liggende litt til? Det kom til å bli en lang dag. Nei, han ville ikke få sove, han merket det. Han kunne like gjerne komme seg opp og få tiden til å gå. Han ble liggende noen sekunder og varme seg under teppene, deretter satt han seg opp i sengen og plasserte føttene på det kalde steingulvet. Han hutret, og skyndte seg ut av rommet. Han vasket seg og skiftet raskt, gikk ut døra, ned trappen og ut i gården. Ute var det kjølig, pusten hans laget frostrøyk i mørket. Et tynt teppe av hvit snø hadde lagt seg over steinene i løpet av natten, men den kom nok ikke til å bli liggende. Det var sjelden det var snø i Soria, vinteren hadde vært spesielt kaldt dette året. Han trakk kappen tettere om seg. Borgen lå høyt, med utsikt over byen, han kunne høre lydene av at den langsomt våknet

til liv. Han så opp mot himmelen. En stjerneklar, nydelig natt, men snart var det morgen.

Felipe visste det kom til å bli en spesiell dag, en som ville bli gjenfortalt, dokumentert og husket. En sitrende forventning hadde ligget over byen en stund nå, og han kunne ikke la være å kjenne det på kroppen selv. Hvem var denne jenta som hadde reist over hav og land for å komme til Castilla?

Det var nå to vintre siden broren hans, kong Alfonso, med tilnavnet den Vise, hadde dratt til Tønsberg, en kystby i Norge, et land langt i nord. Der var Håkon Håkonsson konge, og far til prinsesse Kristina. Han var kjent som en rettferdig og mektig mann, og Alfonso hadde mye respekt for ham. Kong Alfonso ønsket å styrke samarbeidet med kongen i Norge, og hadde bedt Håkon Håkonssons om Kristinas hånd for en av sine fire brødre. Frieriet hadde blitt nøye vurdert av den norske kongen og hans menn, og de hadde til slutt akseptert, men med en betingelse. Kristina skulle selv få velge hvem av de fire brødrene hun ønsket å ekte.

De hadde snakket mye om dette da de hørte om det, brødrene og han. Det var uvanlig, men de hadde kommet fram til at det var en fin ordning. Kanskje til det beste for dem alle. De ville jo at hun skulle trives så bra som mulig, dette kom til å bli hennes nye hjem. Og at hun kom til å velge Fredrik, det var brødrene overbevist om. Han var den eldste og klokeste av brødrene, han var dyktig i arbeidet sitt og den som var best egnet for henne. Selvfølgelig var det Kristinas valg, så helt sikre kunne de ikke være, men Felipe følte det på seg. Likevel kom en annen tanke snikende. Hva om hun valgte ham? Han slo det fra seg. Hun kom nok til å velge en av de

eldre brødrene, selv var han yngst. Han var uansett spent på å treffe henne, det måtte han innrømme.

Mye var blitt fortalt ham om prinsessen i nord siden avtalen om giftemålet ble inngått. Hun var 24 år gammel, tre år yngre enn ham selv. Hun ble født i en by i Norge som het Bergen og bodde der de første årene av sitt liv, men flyttet senere til Tønsberg. Der hadde hun levd fram til nå, og nå skulle altså Spania bli hennes nye hjem. Som kongsdatter hadde hun nok hatt en fin og skjermet barndom. Livet i det nye landet kom til å bli annerledes enn det hun var vant til. Norge var et kaldt land, mye kaldere enn det var her. Broren og hans sendemenn hadde fortalt om høye fjell dekket av snø og isklede vann. Om vinteren gikk nordmennene på ski, det gikk raskt i den dype snøen. Norge hadde fjorder som strakte seg langt inn i landet, store isbreer, vakker natur og lang kyst mot det ville havet. Selv hadde han reist en del, men aldri så langt nord. Han kunne tenke seg å høre mer om dette landet, prinsessen ville sikkert fortelle om han ba henne om det. Kanskje fikk han muligheten til å dra dit en gang? Han elsket å reise, men han hadde enda ikke vært noe sted som han syntes var så vakkert som Castilla.

Han trodde ikke Kristina hadde reist så mye tidligere, så det var kanskje spennende for henne å oppleve litt mer av verden? Han husket godt da han som 17-åring skulle til Paris for å studere teologi. Han hadde selv ønsket å dra, men hadde likevel grudd seg og vært redd for å bo alene så langt hjemmefra. Morgenen han skulle reise hadde han sittet alene på på rommet sitt og grått. Så hadde han tatt seg sammen. Det hadde han aldri angret på, han hadde lært så mye og møtt så mange mennesker på turen. Hver gang han kom hjem fra en reise var han et litt klokere menneske. Men det måtte ha



vært enda vondere for Kristina å dra fra Tønsberg. Det var ikke sikkert hun noen gang kom tilbake til Norge, kanskje hun heller aldri ville se familien sin igjen.

Håkon Håkonsson måtte være svært glad i sin datter, slo det ham. Ellers ville han ikke ha insistert på at hun skulle få velge ektemann. Han hadde hørt at kongen planla brudeferden til Spania i lang tid, og lastet et staselig skip med gull, sølv, pels og andre verdisaker som skulle være prinsessens medgift. Kristina fikk med seg over hundre utvalgte kvinner og menn på den lange reisen. Biskop Peter av Hamar ledet ferden. Felipe hadde selv truffet biskopen da han studerte, og syntes det var betryggende å vite at mannen som ledet reisen var dyktig og til å stole på.

En sensommerdag hadde skipet lagt fra kai i Tønsberg, og Kristina hadde sagt farvel til familie og venner. Ingen visste om hun kom til å treffe dem igjen. Skipet fraktet først reisefølget til England. Det var en lang og slitsom reise over sjøen, men det ble sagt at Kristina alltid var blid, og at hun gledet seg til å komme fram. Deretter reiste de gjennom Frankrike med hest, og i Barcelona ble de tatt imot av svigerfaren til kong Alfonso. De hadde blitt tatt godt imot alle steder de besøkte, og Kristina ble visstnok mer og mer begeistret jo nærmere de kom.

Ryktene om hennes skjønnhet hadde for lengst nådd utenfor Norges grenser. Alle menn hun møtte ble etter sigende bergtatt av hennes ynde og visdom. Han kunne se henne for seg, en lys jente omkranset av langt, gyllent hår. Likevel tvilte han på at hun var så vakker som alle insisterte på. Av erfaring visste han at det ofte ble smurt tykt på i slike situasjoner, historiene ble mer imponerende jo flere munner de var

innom. Det ble også sagt at hun snakket og skrev flere språk, og at hun skulle være klok og belest. Det gjorde ham nysgjerrig.

Han kom snart til å finne ut om folkesnakket om henne stemte. Nå hadde Kristina og brudefølget nådd målet. For noen dager siden hadde de ankommet Castilla og blitt mottatt av broren, kong Alfonso, og hans dronning, og i dag hadde hun endelig ankommet byen. Felipe og brødrene ville bli introdusert for Kristina, deretter kom hun til å rådslå med resten av nordmennene om hvem som var best egnet av dem. Kristina hadde det siste ordet, naturligvis. Det var umulig å vite hva hun kom til å vektlegge når hun tok valget, embete, fysikk eller kanskje humør? Om hun ønsket seg en kjekk og dyktig jeger så hadde han ganske gode odds.

Han skulle gjerne ha tatt en tur på jakt i dag, det fantes ingen bedre distraksjon enn følelsen av å være i ett med naturen og spenningen i jakten. Det var dessuten en stund siden sist, og han savnet det. Det var da han var på sitt beste. For noen uker siden hadde han fanget et villsvin, det hadde vært nære på at han ble skadet selv, og i et øyeblikk hadde han glemt hvor og hvem han var, det var kun dyret og ham i en kamp om liv og død. Han hadde vunnet naturligvis, han var en flink jeger og passet på å være trygg. Brødrene tullet med ham og kalte ham dumdristig, men han visste de ble imponert over styrken hans.

Han gikk heller en tur til kirken. Der ble han sittende lenge, dypt konsentrert om bønnen og sine egne tanker. Så var det på tide å gjøre seg klar. Han tok på seg de offentlige penklærne, de han brukte når han skulle vise seg som prins. Bønneboken tok han med seg.

Ute kvitret fuglene. Kunne de se prinsessen fra der de satt? Ubekymret satt de høyt oppe på de bare greinene. Hun og følget kunne ikke være langt unna nå. Han konsentrerte seg om å puste rolig og oppføre seg normalt. Han var nervøs. Det lignet ikke ham, han kjente ikke seg selv igjen og måtte smile av sin egen barnslige oppførsel. Straks han traff brødrene og de andre kom det til å gå bra, det visste han, han var vant til å være profesjonell. Vinden var kald, men det var en klar, nydelig dag. Han var glad for det, dette var førsteinntrykket Kristina fikk av det nye hjemmet sitt, og det var viktig at byen viste seg fra sin beste side. Solen skinte over hustakene lenger nede, snøen hadde smeltet vekk, slik han hadde spådd.

Han hilste lavmælt og formelt på brødrene. Mange hadde møtt opp for å høre kong Alfonso presentere dem for prinsessen. Det var lett å se hvem som tilhørte følget fra Norge, de var alle høye og lyse i huden. De var flott kledd, noen i drakter i klare farger, noen i lange, broderte ullkjoler, andre hadde eksklusive hodeplagg. Han hadde forventet at de så slitne ut, men de virket uthvilte, oppspilte og glade. Han kunne ane beundring i øynene til mange av de besøkende der de så utover byen, og han kjente at han ble stolt. Han betraktet kvinnene, hvem av dem var Kristina?

Plutselig fikk han øye på henne. Han var ikke i et eneste sekund i tvil om at det virkelig var henne. Beskrivelsene han hadde hørt stemte ikke, hun var enda vakrere i virkeligheten. Hun var ikke langt unna ham, men han hadde ikke sett henne bak menneskemengden. Biskop Peter geleidet henne opp mot kongen, brødrene og ham selv. Kristina myste mot solen. Hun smilte og nikket til de hun passerte, litt blygt. Vinden tok tak i det blonde håret hennes. Hun var høy, rakrygget og beveget

seg rolig og grasiøst. Flere av mennene så på henne, hun lot ikke til å ense oppmerksomheten. Hun hadde ikke sett på ham enda, men han klarte ikke se vekk. Tiden stod stille.

Omsider nådde hun fram til plattformen han og de andre stod på, og gikk opp de to trinnene. Kongen begynte å snakke, han ønsket nordmennene varmt velkommen, Felipe fikk ikke med seg så mye mer enn det. Han konsentrerte seg om å se normal ut, puste rolig, gi et godt inntrykk. Han møtte blikket til flere av tilskuerne og smilte diskret. Det var snart hans tur. Kongen sa navnet hans. Han fikk beina til å bevege seg, en fot om gangen. Var det noen som merket hvor nervøs han var? Rett deg opp i ryggen, sa han til seg selv. Prøv å se rolig ut. Fortsatt hadde han bønneboken i hånden. Han gikk fram, trakk pusten dypt og snudde seg mot henne. Det gnistret da de blå øynene hennes møtte hans brune. Han skjønnte at livet heretter aldri kom til å bli det samme.



### ***Kristina***

#### **De Kristina Heyerdahl Elfvig**

(traducción del original noruego)

La princesa del largo pelo rubio lo miró. La piel de su cara era clara, con pecas del sol, tenía los ojos grandes y azules. Olía a verano, a flores y a hierba verde. Llevaba un vestido dorado, con encajes y cola. ¿Acaso era un vestido de novia? Había hecho un largo viaje para encontrarse con él. Su caballo se quedó obediente detrás de ella, era blanco y estaba elegantemente herrado. No podía ver el resto del séquito, tal

vez estuvieran descansando tras el viaje. ¿No deberían haberse quedado con ella, ayudándola a tomar la decisión? La princesa le sonrió, pero enseguida se volvió hacia uno de los hermanos mayores del joven, sin que él pudiera ver de cuál de ellos se trataba. Ella dijo que ese era el elegido. Él sintió una gran decepción. Se enderezó, intentando respirar tranquilamente, pero notó que las manos se le humedecían y la frente se le llenaba de sudor. Intentó ocultarlo, mantener la mirada fija, la cara neutra. ¡Contrólate, Felipe! ¿Oyó reírse a uno de sus hermanos?

De repente se despertó. Todavía era de noche. Recordaba el sueño con todo detalle, al parecer aquello le afectaba más de lo que se había imaginado. Se sacudió para librarse de ese sentimiento. Aún era temprano, ¿debería quedarse en la cama un rato más? Sería una larga jornada. No, sabía que no conseguiría volver a dormirse. Podía levantarse y hacer pasar el tiempo. Permaneció unos segundos más bajo el calor de las mantas, luego se incorporó y puso los pies en el frío suelo de piedra. Salió a toda prisa de la habitación tiritando. Se lavó y se cambió rápidamente de ropa, luego bajó las escaleras y salió al patio. Fuera hacía frío, su respiración se convirtió en hielo en la oscuridad. Una fina capa de nieve blanca se había posado sobre las piedras en el transcurso de la noche, aunque no permanecería por mucho tiempo. No nevaba a menudo en Soria, pero el invierno había sido excepcionalmente frío ese año. Se abrigó mejor con la capa. El castillo se encontraba en alto y tenía muy buenas vistas. Oyó cómo se despertaba la ciudad. Miró el cielo. Una hermosa noche estrellada, pero pronto llegaría la mañana.

Felipe sabía que sería un día especial, una jornada que sería narrada, documentada y recordada. Desde hacía días una brillante expectativa se había apoderado de la ciudad, y él mismo no podía evitar sentirla. ¿Quién era esa joven que había viajado por mar y tierra para llegar a Castilla?

Hacía ya dos inviernos que su hermano, el rey Alfonso, apodado “el Sabio”, viajó a Tønsberg, una ciudad costera de Noruega, un país en el muy lejano norte. Allí reinaba Håkon Håkonsson, padre de la princesa Kristina. Se le conocía como un hombre justo y poderoso, por quien Alfonso sentía un gran respeto. El rey Alfonso deseaba reforzar los lazos con el rey de Noruega, y le pidió a Håkon Håkonsson la mano de Kristina para uno de sus cuatro hermanos. La petición fue escrupulosamente estudiada por el rey noruego y sus hombres. Al final fue aceptada, pero con una condición: La propia Kristina tendría derecho a elegir con cuál de los cuatro hermanos se casaría.

Cuando se enteraron, él y sus hermanos hablaron largo y tendido sobre ello. Era poco usual, pero habían llegado a la conclusión de que era un buen acuerdo. Quizá el mejor para todos ellos. Naturalmente deseaban que ella se encontrara a gusto en la que sería su nueva patria, su nuevo hogar. Los hermanos estaban convencidos de que la princesa elegiría a Federico, el mayor y más sabio de todos ellos, muy capaz en sus funciones y sin duda el más adecuado para ella. Claro que elegiría a Federico, no podía saberlo a ciencia cierta, pero Felipe estaba seguro de ello. Y sin embargo le llegó otro pensamiento. ¿Y si lo elegía a él? Lo descartó enseguida. Ella elegiría a uno de sus hermanos mayores, él, Felipe, era el más

joven. Pero fuera como fuera, tuvo que admitir que tenía muchas ganas de conocerla.

Le habían hablado mucho de esa princesa del norte desde que se formalizó el pacto matrimonial. La joven tenía veinticuatro años, tres menos que él. Había nacido en una ciudad noruega llamada Bergen. Allí había vivido los primeros años de su vida, para luego mudarse a la ciudad de Tønsberg, donde aún residía. Ahora España sería su nuevo hogar. Como hija de reyes sin duda habría tenido una infancia bonita y protegida. La vida en su nuevo país sería distinta a la que estaba acostumbrada. Noruega era un país frío, mucho más frío que éste. Su hermano y sus embajadores le habían hablado de altas montañas nevadas y lagos cubiertos de hielo. En el invierno, los noruegos usaban esquís, y se desplazaban con rapidez por la nieve profunda. Noruega tenía fiordos que se adentraban en el país, grandes glaciares, una hermosa naturaleza y una larga costa que daba al mar salvaje. Felipe había viajado bastante, pero nunca tan al norte. Le gustaría oír más cosas sobre ese país, la princesa se las contaría si él se lo pedía. Tal vez algún día tendría ocasión de viajar hasta allí. Le encantaba viajar, pero aún no había visitado ningún lugar que le pareciera tan bonito como Castilla.

Seguro que Kristina no había viajado mucho antes, y le había resultado emocionante ver algo más de mundo. Felipe recordaba cuando a los diecisiete años fue a París a estudiar Teología. Él lo había querido así, pero de todos modos sentía algo de miedo por irse a vivir solo tan lejos de su casa. La mañana de su partida estuvo sentado en su cuarto llorando. Luego se serenó. Nunca se arrepintió de haberse ido a París, allí había aprendido mucho y conocido a mucha gente. Cada

vez que volvía de un viaje era una persona un poco más sabia. Pero a Kristina le habría resultado más doloroso marcharse de Tønsberg. No era seguro que algún día regresara a Noruega, y tal vez nunca volviera a ver a su familia.

Se le ocurrió que Håkon Håkonsson debía de sentir un gran afecto por su hija. En caso contrario no habría insistido en que ella misma eligiera marido. Había oído decir que el rey noruego había planificado el viaje nupcial a España con mucho tiempo, y que había cargado un espléndido barco de oro, plata, pieles y otros objetos de valor que serían la dote de la princesa. A Kristina la acompañaban en el largo viaje más de cien mujeres y hombres elegidos. El obispo Peter de Hamar dirigía la comitiva. Felipe había conocido al obispo en París cuando estudiaba, y le tranquilizaba saber que el hombre que dirigía el viaje era competente y de fiar.

Un día, a finales del verano, el barco salió de Tønsberg; Kristina acababa de despedirse de su familia y sus amigos. Nadie sabía si alguno de ellos volvería a verla. El barco los llevó primero a Inglaterra. Fue una larga y pesada travesía, pero se dijo luego que Kristina estuvo todo el rato alegre, y tenía muchas ganas de llegar a su destino. Luego atravesaron Francia a caballo y en Barcelona fueron recibidos por el suegro del rey Alfonso. En todas partes se les daba una cordial bienvenida, y según se decía, Kristina estaba cada vez más entusiasmada conforme se iba acercando a su destino.

Los rumores sobre su belleza habían traspasado hacía tiempo las fronteras de Noruega. Al parecer hechizaba a todos los hombres con su dulzura y su sabiduría. Él se la imaginaba, una chica rubia coronada con una larga melena dorada. No



obstante, dudaba de que fuera tan bella como todo el mundo decía. Sabía por experiencia que en situaciones como esa se exageraba mucho, las historias se iban recargando conforme iban pasando de boca en boca. También se decía que la princesa hablaba y escribía varias lenguas y que era sabia y leída, lo que despertó la curiosidad de Felipe.

Pronto sabría si los rumores se correspondían con la realidad. Kristina y su séquito ya habían arribado a su destino. Habían llegado a Castilla unos días antes, donde los recibió su hermano, el rey Alfonso y su esposa. Y hoy por fin la princesa había llegado a la ciudad. Felipe y sus hermanos serían presentados a Kristina, luego ella se asesoraría con sus acompañantes para decidir cuál de los hermanos era el más adecuado. Kristina tendría la última palabra, claro. Era imposible saber lo que sería decisivo para ella a la hora de elegir, su cargo, su aspecto ¿o tal vez su carácter? Si lo que buscaba era un apuesto y competente cazador, entonces él tendría posibilidades.

Le hubiera gustado haber podido ir un rato de caza, no había mejor distracción que sentirse parte de la naturaleza y vivir la emoción de la caza. Además, había pasado bastante tiempo desde la última vez, y lo echaba de menos. Como mejor se sentía era cazando. Unas semanas antes había capturado un jabalí, y a punto estuvo de lesionarse. Por un momento se olvidó de quién era y dónde estaba, sólo quedaban el animal y él mismo en una lucha a vida o muerte. Había ganado él, claro, era un buen cazador que se cuidaba para estar seguro.

Sus hermanos le tomaban el pelo llamándole temerario, pero Felipe sabía que ellos estaban impresionados por su fuerza.

Prefirió darse una vuelta por la iglesia. Estuvo allí sentado un buen rato, profundamente concentrado en la oración y en sus pensamientos. Luego era ya hora de prepararse. Se puso sus mejores galas, las que utilizaba cuando tenía que mostrarse como un príncipe. Llevó consigo su libro de oraciones.

Fuera gorjeaban los pájaros. ¿Podrían ver ellos a la princesa desde donde se encontraban? Estaban posados alegres y despreocupados arriba, en las desnudas ramas. Ella y su séquito ya no podían estar lejos. Felipe se concentró en respirar tranquilamente y comportarse con normalidad. Estaba nervioso, algo nada usual en él, no se reconocía a sí mismo y tuvo que sonreír ante esa conducta suya tan infantil. En cuanto se encontrara con sus hermanos y los demás todo iría bien, lo sabía, era un profesional. Soplaban un viento frío, pero el día era bonito y claro. Se alegró de ello, esta sería la primera impresión que Kristina recibiría de su nuevo hogar, y era muy importante que la ciudad se mostrara en todo su esplendor. El sol brillaba sobre los tejados, la nieve se había derretido, tal y cómo él había previsto.

Saludó a sus hermanos en voz baja y muy formal. Había acudido mucha gente a escuchar al rey Alfonso presentar a la princesa. Resultaba fácil adivinar quiénes pertenecían al séquito venido de Noruega, todos eran altos y con la piel muy blanca. Vestían elegantes ropas, algunos llevaban trajes de colores claros, otras largos vestidos con bordados de lana y exquisitos tocados en la cabeza. Esperaba verlos agotados,

pero parecían descansados, alborotados y alegres. Se apreciaba admiración en las miradas de muchos de ellos al contemplar la ciudad, y él se sintió orgulloso. Miró a las mujeres, ¿cuál de ellas era Kristina?

De repente la descubrió. No dudó ni un segundo de que era ella. Las descripciones que le habían llegado no le hacían justicia, Kristina era mucho más hermosa en la realidad. Ella no se encontraba lejos, pero Felipe no la había visto entre la muchedumbre. El obispo Peter la acompañó hasta el rey, sus hermanos y él mismo. Kristina cerró los ojos ante el sol. Sonreía y saludaba a la gente, algo tímida. El viento enredó su pelo rubio. Era alta, con la espalda erguida, y se movía tranquilamente y con gracia. Algunos de los hombres la miraban, Kristina no parecía darse cuenta de ello. Aún no lo había mirado a él, pero Felipe no era capaz de apartar la mirada. El tiempo se había detenido.

Por fin Kristina alcanzó la tribuna en la que se encontraban él y los demás, y subió los dos escalones. El rey empezó a hablar, dio una cálida bienvenida a los noruegos. Felipe no se enteró de mucho más. Se concentraba en ofrecer un aspecto normal, en respirar tranquilamente, en causar buena impresión. Se encontró con la mirada de varios de los presentes y sonrió discretamente. Pronto le tocaría a él saludarla. El rey pronunció su nombre. Consiguió mover las piernas, un pie después del otro. ¿Alguien se daba cuenta de lo nervioso que estaba? Enderézate, se dijo a sí mismo. Intenta parecer tranquilo. Seguía con el libro de oraciones en la mano. Dio un paso adelante, respiró hondo y se volvió hacia ella. Saltaron chispas cuando los ojos azules de ella se encontraron con los

marrones de él. Felipe supo que a partir de ese momento la vida nunca sería la misma.

